

¡Civilízate!

Como todos los años, también después de estas fiestas se me había acumulada tanta basura inorgánica en forma de papeles y embalajes de todo tipo de material y tamaño, que decidí buscar una solución rápida y eficaz para deshacerme de ella. Ésta vez quería comenzar el año nuevo con buen pie. Claro que hubiera podido dejarlo todo en el contenedor de la calle igual que mis vecinos, pero de pronto pensaba en el anuncio de la tele y en el civismo que últimamente brota en todas partes. Pensaba que sería una buena ocasión para comenzar por fin a reciclar y de paso mostrar a todo el vecindario mi grado de integración en la sociedad española. Enseguida puse mano a la obra. Corté el cartón del jamón con el cuchillo que mi suegra me había regalado para reyes junto a una pata negra – no sé si hubiera preferido clavármelo directamente en el corazón por – según ella – haber convertido a su hijo en vegetariano. Para ella ser vegetariano es una especie de pecado y viene directamente después de la codicia. Sin embargo, ¡esto no impide comer un buen trozo de jamón de vez en cuando!, me dijo con una mirada de reojo y con un cierto tono que siempre me hace callar. Intenté no pensar en la pata del pobre animal muerto escondido en la dispensa y seguí separando el plástico del papel, puse las latas y las botellas en una bolsa y lo metí todo en el carrito de la compra. Al final cogí las garrafas de agua vacías y también un palo que compré para una escoba que ya no uso porque nunca hay repuesto que haga juego con el modelo de la gama anterior. Salí alegremente de la casa en búsqueda de unos contenedores de reciclaje. Estaba tan segura encontrarlo en la próxima

¡Civilízate!

esquina que ni siquiera me puse la chaqueta. Pero cuando llegué ahí, no hubo nada parecido a los contenedores que había visto en la tele, solo encontré dos tristes contenedores grises llenos de muebles y deshechos de plástico. En el suelo, al lado de los monstruos traga basura di un tropezón contra un sinfín de botellas vacías de vinos malos y un bote de pintura de la marca Brillantina cubierto de una sustancia líquida de color marrón. Era obvio que me había equivocado de calle o tal vez para el año nuevo también los contenedores de reciclaje cambian de sitio. Me giré hacia el lado opuesto y caminé calle abajo todavía convencidísima de encontrar rápidamente los contenedores y me imaginé como recibieran la basura – mi basura – que pronto se convertiría en objetos útiles como papel higiénico o vajilla para hospitales y otros sitios necesitados. Solo pensar en ello me llenó con alegría y me sentí más cívica que nunca. Silbé una melodía que había escuchado en la radio mientras había preparada mi primera salida de reciclaje. Me crucé con una vecina que a estas horas suele volver del médico y luego se queda en la puerta de otra vecina para comentarla en voz alta su estado de la salud mientras yo intento concentrarme en mi trabajo. Yo la sonreí pero ella me miraba como si nunca me hubiera visto antes caminando por la calle. Pensé que tal vez había empeorada su vista y la saludé con el palo en alto y dije con voz firme, ¡voy a reciclar! y ¡feliz año nuevo! Ella movió la cabeza y seguía su paso sin hacerme caso, tal vez pensaba que no era yo sino otra, con tanto civismo de un día al otro, ¿quién sabe?, o tal vez se asustó con tanta basura para reciclar. Caminé calle abajo y doblé a la derecha. Cuando llegué a la plaza donde suponía

la existencia de otros contenedores destinados al reciclaje me llevé una decepción. La plaza estaba vacía. Ni un miserable contenedor a la vista. No había nada excepto un camión enorme lleno de barras de metal para montar un andamio, momentáneamente abandonado por los trabajadores que tomaron su almuerzo en el bar de frente. Empecé a tener frío y en este momento me arrepentí de no haberme puesto la chaqueta. Parece mentira que la gente piense que por vivir en España una no tenga frío en invierno. Es porque nunca estuvieron aquí cuando hay un frío que te pelas y mientras la estufa te quema los pies se te congela la nariz. Pues si, tenía frío pero solo pensar en mi propósito me devolvió el calor. Respiré hondo, arrojé la basura en el carrito, volví a coger las garrafas del suelo y seguí mi camino, arrastrando el vehículo todavía con más ahínco y orgullo que antes. Pensé que el civismo requiere cierto valor, no es cosa de cualquiera. Decidí dirigirme hacia el supermercado donde seguramente encontrara contenedores de reciclaje. Pasé por el banco en que las ancianas del barrio se juntan por las mañanas y las saludé amablemente como de costumbre. Sin embargo, también ellas hoy me miraron de forma rara. Cuando llegué a la altura del banco, oí decir a una de las señoras algo que sonaba como que Dios te bendiga, hija, o por lo menos era lo que yo entendía. No es para tanto, pensé pero la verdad es que sus palabras me llenaron con orgullo y me calentaron el corazón. No sabía que las ancianas de este país ya estaban a las alturas del reciclaje. Pensaba que valía la pena sacrificar un poco de mi comodidad y formar parte de esta comunidad cívica que tanto anhelamos. Pero mi alegría no duró mucho. Un hombre con un

¡Civilízate!

niño tomado de la mano se me acercaba en la cera y el niño preguntaba, papá, ¿que hace esta mujer con la basura? y el hombre le respondió al niño, pues, estará paseando con ella hijo, ¿qué va a ser? Aquello era como un chorro de agua fría. ¿Cómo era posible tanta desinformación? Quería contestarle algo pero no me salieron las palabras adecuadas y me quedé estupefacta en medio del paso de cebra. El niño, arrastrado de mala gana por la mano del padre giraba la cabeza hacia atrás y no dejaba de mirarme. Pensé en el largo camino hacia el reciclaje y el civismo que tendría que atravesar este pobre niño. Pero luego me imaginaba como en un día en un futuro muy próximo este niño dijera a su padre que él también reciclara. ¡El buen ejemplo puede hacer milagros! Mientras pensaba todo esto casi había llegado al supermercado. Desde el otro lado de la calle me veía a mi misma acercándome en los cristales del escaparate y no me reconocí. Solo entonces me di cuenta que no solo había olvidado de ponerme la chaqueta, sino también las botas y que andaba con chanclas. Viéndome con este aspecto despeinada y con ropa vieja que me había puesto para la limpieza de la casa comprendí que no evocaba más que lástima en la gente que cruzaba mi camino y que más bien parecía a una señora de mediana edad sin techo que a una mujer decidida comenzar el año con un acto de civismo avanzado. Entendí también la bendición de la anciana, comprendí su compasión viéndome caminando por la calle un día del invierno sin chaqueta, con mis garrafas de plástico en una mano, arrastrando con la otra un carrito viejo y feo, lleno de cristales emitiendo chasquidos con cada irregularidad en el asfalto. En dos segundos mi alegría se había esfumado.

El día de repente se me convirtió en un día más de invierno. Solo quería llegar a encontrar los contenedores de reciclaje, poner la basura y volver a casa lo más rápido posible. Sin embargo, cuando llegué al supermercado no había rastro de ningún tipo de contenedor, ni de basura orgánica ni de reciclaje. Pregunté a un empleado de BCNeta que pasaba barriendo la cera si él sabía donde habían quedado y me miraba con la misma mirada que las ancianas y el señor con el niño y sacó una moneda de su bolsillo y me la quiso entregar. Creo que fue entonces cuando perdí definitivamente la fe en el reciclaje y en los anuncios de civismo en la tele. Cogí la basura, plástico, cristal, papel y metal y lo puse indiscriminadamente en el próximo contenedor que encontré en mi camino y me fui corriendo a casa. Una vez llegada ahí me metí en la bañera durante una hora y media y después me corté unas buenas lonchas de jamón con el cuchillo de mi suegra.